

Resumen de lo publicado.
El circo Smith, del que forma parte el huérfano Antonio, se ha instalado en el parque del explorador señor Hunter.

COMPANEROS DE CIRCO



Mientras el señor Smith se dirigía al pueblo para depositar el dinero en el Banco, el empleado nuevo que maltrató al elefante le seguía, armado con un grueso palo, conservándose a distancia hasta llegar a sitio completamente despoblado.



El incidente no tuvo más consecuencias que la de impedir el robo y despedir al ladrón. A la mañana siguiente Mercedes se acercó a su amigo y le dijo: "Papá te concede hoy día de descanso y nos permite que vayamos a comer al campo".



"¡Vamos a la playa!"—dijo, saltando de alegría, Mercedes—. Y los dos muchachos se dirigieron hacia la orilla del mar. "Allí, en aquel rincón de arena limpia"—señaló Antonio—. "¿Quieres ir a buscar agua?"—le dijo su amiga, mientras vaciaba las cestas.



Cuando el infeliz volvió la cabeza, Antonio vió brillar en sus ojos tal rayo de desesperación, que se emocionó hondamente. "¡Pobre hombre!"—pensó—. "¡Víctima de una suerte adversa!" Luego se acercó a la casa, pidió agua y se la dieron amablemente.



Cuando creyó poder ya dar impunemente el golpe, se acercó al señor Smith; pero en aquel mismo instante se sintieron cercanos entre la maleza los bramidos de Kala, y el atracador se sintió arrebatado por la trompa del proboscideo.



Antonio quedó encantado ante tan grata perspectiva. Cuando ambos muchachos, cargados con sus cestas, pasaron ante el carro del señor Smith, éste les saludó cariñoso: "¡Que os divertáis mucho!" A lo que Antonio respondió: "Mil gracias, señor Smith."



Antonio cogió un recipiente y se dirigió a una casita cercana a la playa. Junto a la puerta halló a un pobre hombre con aspecto de pordiosero, al que la dueña decía: "No quiero nada con vagabundos. ¡Váyase usted de aquí!"



Cuando regresaba hacia la playa Antonio divisó al mendigo sentado sobre un montículo entre maleza; se dirigió hacia él y le dijo sonriente: "He oído que pedía usted comida. ¿Quiere usted acompañarme y comerá con nosotros?" (Continuación.)

CUQUITO Y DON POLICARPO



"Mira, 'Cuquito', nos echaremos una siestecita, porque con este calor el alpinismo pierde encanto. Es más bello roncar."



Juraría que llueve, "Cuquito". Efectivamente, don Policarpo tenía razón, pues una nube comenzaba a descargar.



Don "Poli" creyó oportuno preservar de la lluvia sus hermosas "plantas", porque si crecían le buscaban la ruina.



Decididamente la Naturaleza la había tomado con nuestro hombre, y era el viento el que ahora entraba en juego.

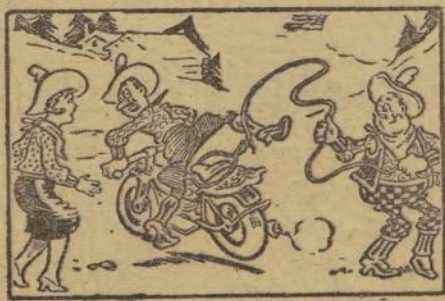


Y con gran alborozo de "Cuquito", don "Poli", que había salido a escalar montañas, terminó hecho un "lobo de mar".

TOM ECHA EL LAZO A LA "MOTO IGUAL QUE SI FUERA UN POTRO



Tom había echado el ojo a la "moto" de aquel señor de las gafas, tan feillo, y rápidamente concibió un plan para adueñarse de ella y darse un paseoito con la bella Celia.



Cuando el señor de las gafas, tan feillo, se disponía a partir, Tom echó el lazo al sillín de la "moto" con una seguridad y una maestría admirables.



Y cuando la cuerda se puso en tensión detuvo bruscamente a la motocicleta, y el señor de las gafas, tan feillo, cayó al agua como una rana.



Y mientras el señor de las gafas se subía, hecho una sopa, a la cucuña, Tom conseguía su deseo de pasear en "moto" acompañado de Celia la granjerita.



Resumen de lo publicado.—Martin es un huérfano, empleado en la posada de "Las dos llaves", que, siguiendo un día al posadero y al llamado capitán Morgan, va a parar al castillo de los misterios, en el que vive el señor Cale y su sobrina Margarita, y donde se queda a servir. Una noche él y Margarita sorprenden al posadero y a Morgan en una reunión misteriosa y son perseguidos por ellos.



Huyendo por la estrecha cornisa que corría a lo largo del misterioso torrente subterráneo, Martín y Margarita sentían que Silas Snagge y el capitán Morgan les seguían los pasos de cerca. "¡Oh! Tengo la esperanza de que podremos librarnos de ellos, Martín"—exclamó Margarita.



Apenas había acabado Margarita de decir estas palabras cuando Antonio se detuvo atónito, viendo que el camino quedaba cortado repentinamente por una roca. "¿Qué sucede, Antonio?—preguntó Margarita sobresaltada—. ¿No podemos continuar?" "¡Estamos perdidos!"—respondió Antonio palideciendo.



Ya se habían persuadido ambos muchachos de que no les quedaba ningún medio de huir, cuando Martín distinguió una soga atada por un extremo a una anilla de hierro, fija en la roca, y por el otro, a una barca. "¡Una barca! ¡Estamos salvados!"—exclamó.



Desatando rápidamente la soga de la anilla, Antonio empujó a Margarita hasta la barca y él mismo saltó a ella. "Ahora, largo de aquí cuanto antes"—dijo nerviosamente. Pero apenas si tuvo tiempo para alejarse de la roca con un vigoroso empujón y ponerse a salvo...



La barca comenzó a deslizarse rápidamente, arrastrada por la corriente subterránea, y los muchachos pudieron ver a sus perseguidores detenidos al final de la cornisa. Pero mientras Silas les amenazaba coléricamente, el capitán Morgan sonreía de modo extraño.



"Quisiera saber por qué se reía el capitán Morgan"—dijo Margarita, preocupada. "No puedo adivinar la causa". Y Antonio replicó, después de un corto silencio: "Si he de decir lo que siento, me figuro que no quiso cogerlos."



Ambos estuvieron un momento silenciosos. De pronto Margarita lanzó un grito de alarma y, señalando hacia proa, exclamó asustada: "¡Pronto! ¡Saca los remos! ¡Nos dirigimos rápidamente hacia unas rocas!"



Antonio buscó ávidamente; pero vió con desolación que en la barca no había ningún remo. "No hay remos en la barca, Margarita"—exclamó Antonio. "Veo que no hay modo de evitar el choque contra las rocas. ¡Agárrate fuerte a mí!"



Temblando de miedo, Margarita se abrazó a su amigo, mientras la barca corría veloz. Un momento después, con un crujido que resonó en las bóvedas, la lancha se estrelló contra una roca y los dos jóvenes fueron lanzados al agua.

¿Cómo pudieron salvarse Antonio y Margarita? Lo sabréis leyendo JEROMIN el próximo jueves

EL BURRO ROBADO CUENTO



En el tranquilo pueblecito de Alhim vivía un honrado labrador llamado Andrés, que trabajaba sus tierras, cuidándolas con esmero. Su trabajo constante y su laboriosidad proverbial hicieron que de día en día fuese prosperando su hacienda.

Pero la suerte, que es voluble y tornadiza, dispuso que el buen Andrés cayese enfermo, y lo que había amasado con fatigas y sudores se lo llevaron médicos y medicinas.

Sanó el hombre; pero su bolsillo quedó exhausto.

De su pasado bienestar solamente le quedaron seis onzas de oro que había podido salvar de la ruina. Andrés era animoso y con aquel capital se dispuso a levantar de nuevo la hacienda perdida. Con aquel dinero pensó comprar un carro y un borriquito para dedicarse al laboreo; un vecino suyo llamado Juan se brindó a venderle un hermoso asno de bella presencia, y Andrés cerró trato con su vecino, comprándole el rucio por tres onzas de oro.

Andrés el laborioso se retiró a su casa muy contento, y, acariciando proyectos venturosos, se durmió alegremente.

Pero al día siguiente le despertaron unos recios golpes dados en su puerta y una voz ruda que gritaba con energía:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

El buen labrador, que tenía la conciencia tranquila, se apresuró a cumplir la orden, quedando asombrado al contemplar un gran gentío parado junto a su puerta, y al frente de la muchedumbre, que rodeaba a un alguacil y a dos soldados, al malvado Juan, que lloraba, gritaba y se tiraba de los pelos, profiriendo verdaderos alaridos.

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡El vecino me ha robado! ¡Justicia! ¡Justicia!

El buen Andrés estuvo a punto de saltar sobre el impostor; pero, conteniéndose, dijo a los soldados.

—¿Qué es lo que pide mi amigo y vecino Juan?

—¡Ladrón!—gimió el miserable—. Véanle todos cómo se atreve a llamarme amigo después de haberme robado el asno.

Andrés quiso protestar; pero se lo impidió el terror al recordar que el día antes había hecho el trato sin testigos y sin exigir al vendedor, fiado en su honradez, recibo ni resguardo alguno.

Mientras tanto los soldados y el alguacil habían sacado de la casa de Andrés el borriquito que el odioso embustero había vendido y que reclamaba como suyo.

La gente reunida en torno a la casa

de Andrés se encolerizó al suponerle ladrón, y mil voces se alzaron coléricas:

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

—¡A la cárcel!

Y, sin que le valieran gritos ni protestas, el desventurado Andrés fué alevemente atado codo con codo.

Puestos los litigantes a disposición del juez el malvado Juan narró la mentira más odiosa, acusando a su honrado vecino de haberle robado el rucio.

Y como Juan no tenía ninguna prueba en contrario y no acertaba a defenderse, sino que sólo hacía llorar y llo-



rar por su honra perdida, el juez condenó al inocente a seis meses de cárcel y a restituir el asno.

El miserable Andrés se retiraba contento y alborozado, cuando el juez le detuvo diciéndole:

—Espera, buen hombre. Tú pusiste la demanda y tú debes pagar las costas. Con mucho gusto que lo haré—repuso el criminal.

—Pues entonces—agregó el juez—debes entregarme media onza de oro. Toma aquí tienes el recibo.

—Gracias, señor—agregó Juan arrojando sobre la mesa una onza de oro—. Cóbrese y deme la vuelta.

El juez tomó la moneda y la miró repetidas veces por ambos lados. Luego dió un golpe sobre la mesa y ordenó a los guardias:

—¡Prended a ese hombre por monedero falso! La moneda que acaba de darme es falsificada.

Y luego añadió, dirigiéndose en tono terrible al misero, que temblaba lastimosamente.

—¡Bandido! ¡Monedero falso! Te condeno por falsificador a veinte años de trabajos forzados.

—¡Piedad, piedad!—imploró el cobarde retorciéndose las manos—. ¡No me condenéis! Ese dinero no era mío, me lo dió mi vecino Juan por el burro que le vendí y que he acusado como que me lo robó. ¡Piedad, señor juez! A cada cual su pena! ¡El falsificador es el otro! ¡El me lo dió!

—Eres tan ruin y miserable como pensaba—agregó solemnemente el juez—. La moneda era buena. Aquí lo único falso es tu corazón.

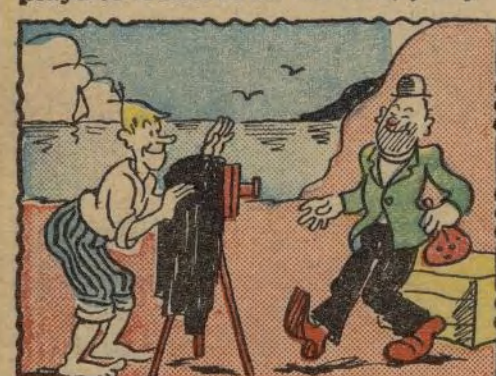
Y dirigiéndose a los soldados exclamó: —Poned en libertad al honrado Andrés y encarcelad a este rufián.

Así lo hicieron los soldados, y el alcalde entregó al probo labrador su burro más las dos onzas de oro del traidor amigo y otras cinco que añadió él de premio para el virtuoso Andrés.

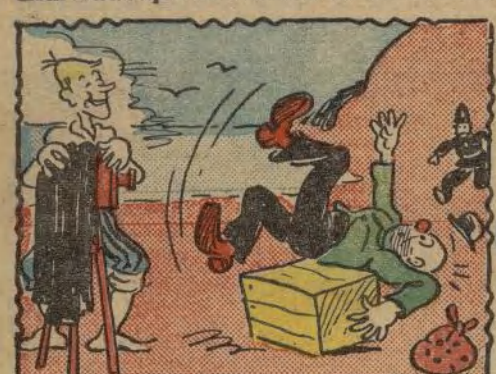
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Otra vez tenemos a Cascarilla de fotógrafo ambulante. Estando en una playa se le acercó un hombre, y le pi-



dió que le hiciera una "foto". Cascarilla conoció por la mala "pinta" del individuo que se trataba de un ladrón,



pero accedió a retratarle. Con disimulo colocó detrás del "pinta" un cajón, empezó a enfocarle, y le dijo: "Haga

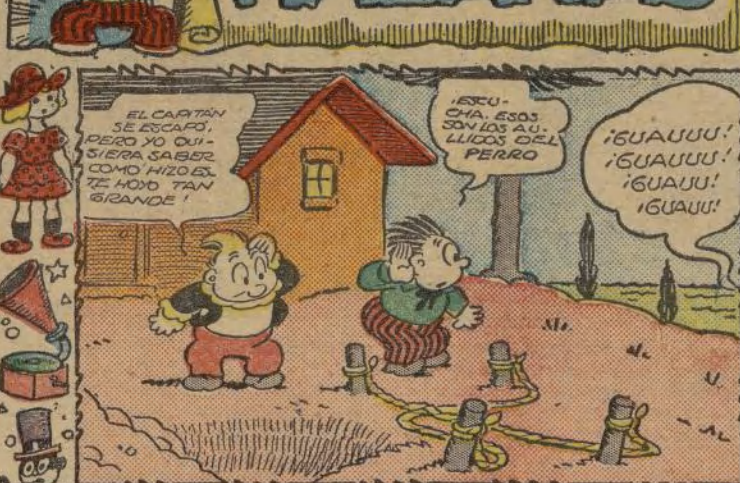


el favor de separarse un poquito más." Y al retirarse el "caco" tropezó con el cajón, cayó al suelo, y así fué capturado

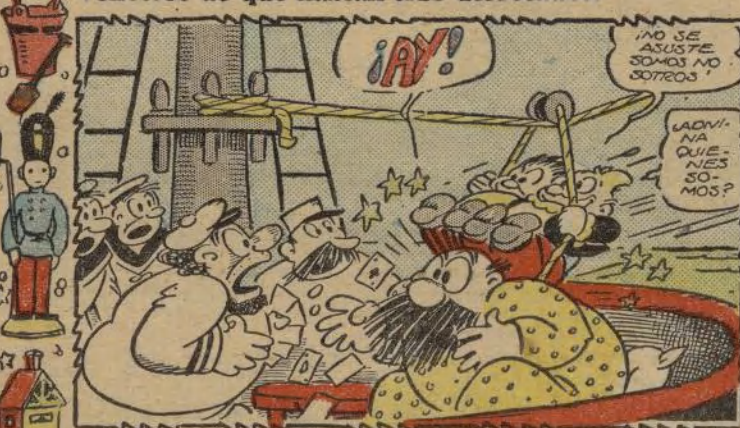


Laura estaba decidida a encontrar casa, y firme con su propósito se coló en la primer puerta que encontró abierta.

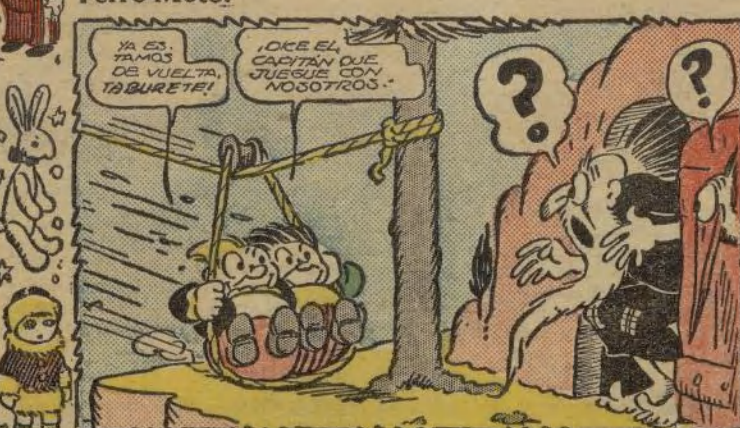
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



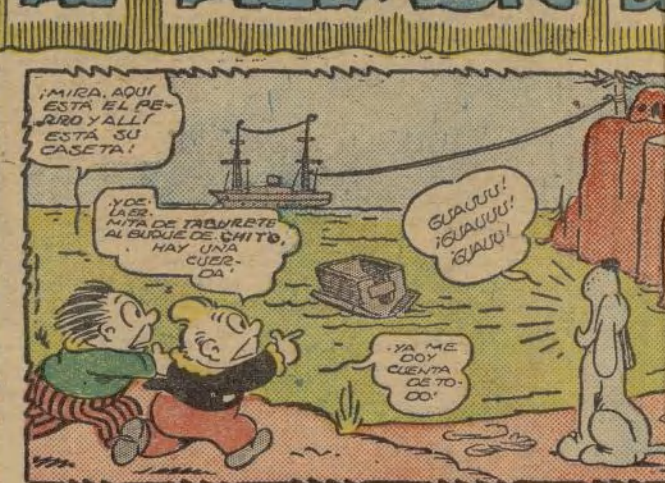
Tarugo y Perdigón se convencieron bien pronto de que no tenía remedio lo ocurrido. Terre-Moto había conseguido escapar burlando a lo spilluelos y a mamá Tecla, y los muchachos tuvieron que convencerse de que habían sido derrotados.



Y en el preciso momento en que Terre-Moto cantaba veinte en bastos y le fallaba el as del triunfo a su amigo el capitán Chito, llegaron los pilluelos a estrellarse sonoramente contra la calva de Terre-Moto.



Segundos después, los pillules aterrizaban ante las narices de loro de Taburete, el cual creyó que le iba a dar un ataque de rabia al comprobar que de nuevo tenía que soportar a los dos hermanitos, a quienes también odiaba.



De pronto oyeron unos aullidos lastimeros comprobaron que los emitía el chuchó, desposeído de su casa por el capitán; pero también atisbaron en la montaña el truco por el cual había conseguido llegar Terre-Moto al barco de su amigote.



Los muchachos no sabían lo que habían hecho. Se habían metido en la boca de una manada de lobos. Por lo pronto, Terre-Moto se apoderó de los dos, y, coreado por Chito y sus marinerotes, les propinó a los chavesas una zurra

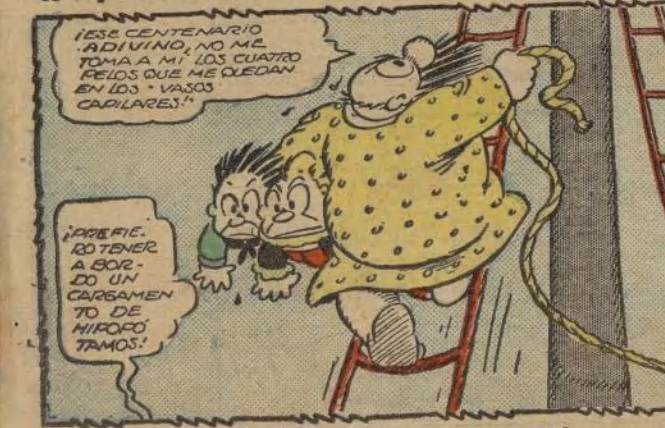


Y llamando a Serafina, le ordenó que cargara con ellos y les arrojara donde no volvieran a molestar en la vida. Serafina, la de la vista fina, cargó con sus víctimas y se dispuso a cumplir las órdenes sinisterras

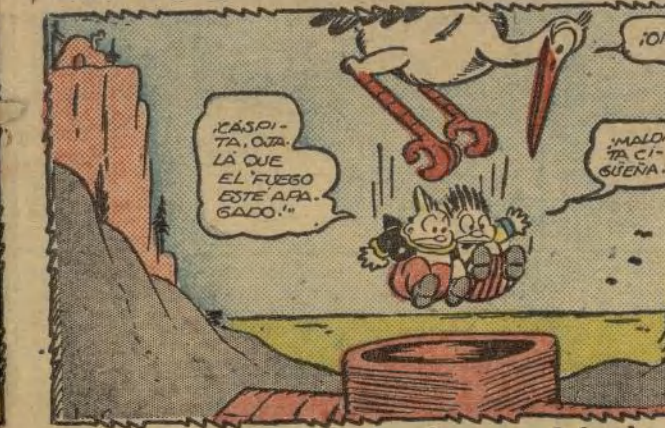
TARUGO Y PERDIGÓN



Rápidamente los pillules subieron a la montaña del adivino y comenzaron a barrear como si estuvieran en un duelo, y daban gritos desaforados: "¡Queremos ir con el capitán! ¡Aaaaay! ¡Queremos ir con el capitaaaaa! ¡¡¡Ayyyyy!!!"



El capitán Chito exclamó en seguida que prefería tener a bordo una manada de bisontes que los dos muchachos, y como Terre-Moto había cogido un odio mortal a los pillules, decidió reexpedirlos a sus respectivos domicilios.



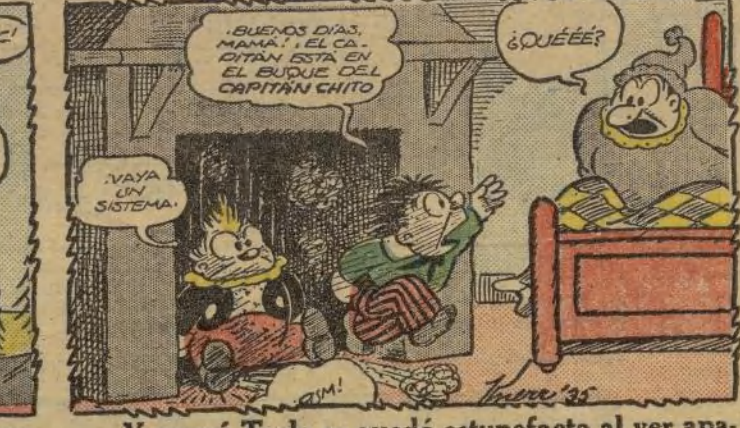
Pero ya sabéis que Serafina, en el fondo, era una cigüeña de buenos sentimientos, y, en lugar de despenar a los hermanitos, les arrojó por la chimenea de su casa, deseándoles que no estuviese la lumbre de la cocina encendida.



Taburete, con tal de quitárselos de encima, no tuvo más remedio que embarcarlos en el transbordador aéreo, y allá salieron disparados Tarugo y Perdigón, que marchaban al barco con ánimo de hacer regresar a la isla al capitán



Y subiéndoles al palo mayor del barco, volvió a mandarles a la montaña de Taburete, no sin darles antes un puntapié que les sacó lumbre de las retaguardias, y, además, añadió irónicamente: "Recuerdos a mamá Tecla, ¡canallas!"



Y mamá Tecla se quedó estupefacta al ver aparecer tan de improviso a sus hijitos; pero pronto salió de su asombro al oír a Tarugo, que decía: "El capitán ha conseguido huir y está en el barco". "¡Ah, canalla!—rugió la dama—. ¡Vamos por él!" (Continuará.)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Estaban dos niños jugando con una pelota cuando pasó junto a ellos Repollo, que, a grandes gritos, protestó



de aquel juego, que perjudicaba a los transeúntes. Mientras discutía con uno de los chicos, el otro, que no se



había enterado de nada, lanzó la pelota, que fué a incrustarse en la boca de Repollo, de tal forma, que por po-

co se la traga. Ya estaban dispuestos a llamar a los bomberos, cuando un supremo esfuerzo de los muchachos puso a Repollo fuera de peligro.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Para hacerse simpática comenzó a cantar su canción favorita. Aquella de "Dame la mano, paloma, para subir al tranvía..."



"¡Pero maldita sea la radiodifusión!—exclamaba el dueño de la casa—. ¡Pero es que este maldito aparato de "radio"



Y la canción seguía: "... que dame la mano, que dame la mano". "¡Maldita sea tu mano, tu esternón y las antenas, mil bombas y truenos!"



Y cogiendo el aparato de "radio", ¡zás!, se lo cargó por la ventana, diciendo: "Esa maldita canción me volvía loco."

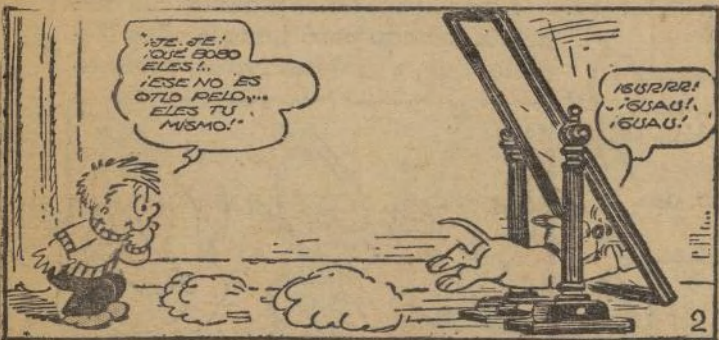


Y Laura decidió buscarse otra casa, pues estaba visto que al dueño de aquella no le había gustado la canción que entonara

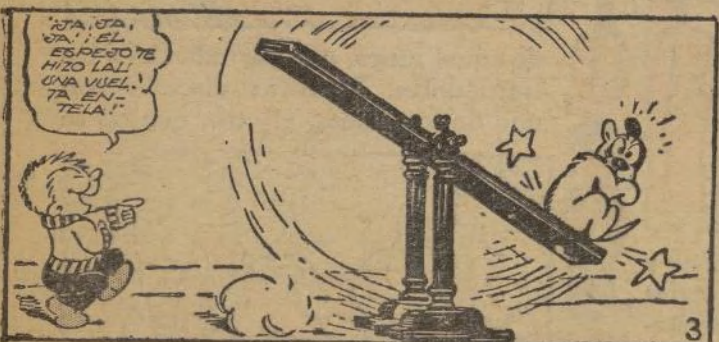
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



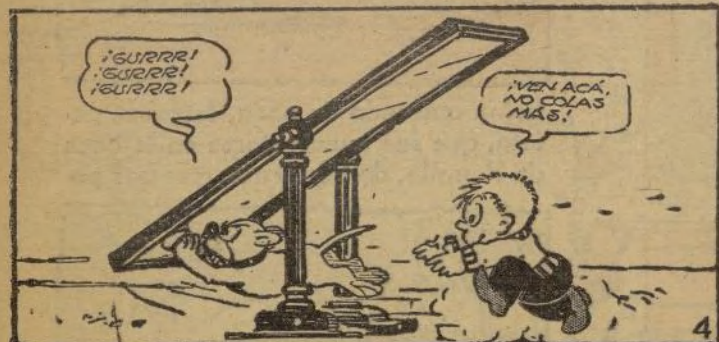
"Sed buenecitos y no rompáis nada"—aconsejó don Simplón.— "Descuide uste!, que no somos una glanala lompedola. Selemos un melengüe de buenecitos."



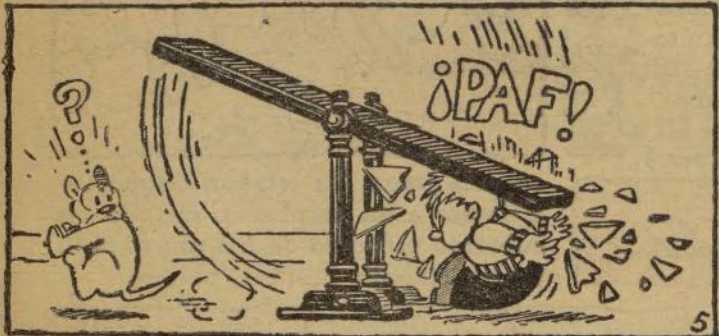
"Linamita, no te tiles ahí, que no es otlo pelo, que eles tú mismo. No seas bestia, Linamita, que te vas a sacudil un molón con sangle."



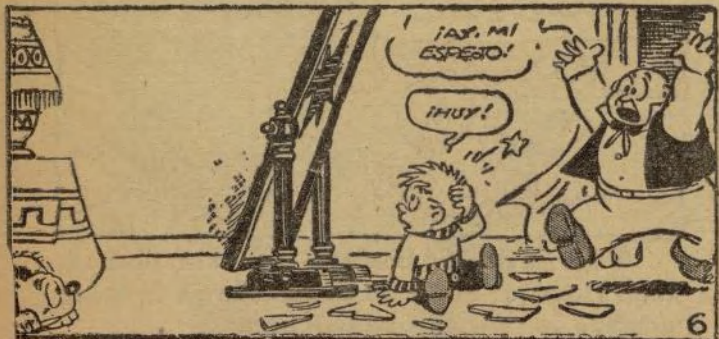
"¿Lo ves, cándila paloma? Ya te lo decía. Te han cogilo pol la fafa y olé; vuelve pol otla y toma candela y olé; soy más chulo que un chulo, y olé."



Pelo no seas icosciente, que te vas a lisial; que no es otlo pelo. No te pongas fulioso, si eles tú mismo que te ves en el azogue.

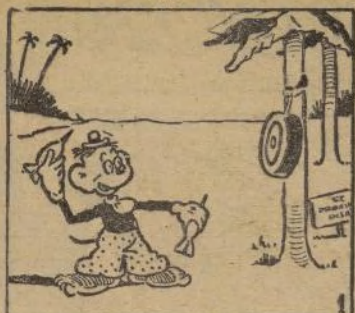


¡Mi abuela en canoa! ¡Me han matao! ¡Socolo, que se me ha caído la luna y una estrellita en la cabezola! ¡Ay, Dios mío, ya no revivo!



"¿Pero qué ha sido esto? ¡Maldición! ¿Pero no os dije que fueseis buenos? ¿Qué ha sido esto?" "Pos un colise, no ve uste que ya no alumbla la Luna?" (Continuará.)

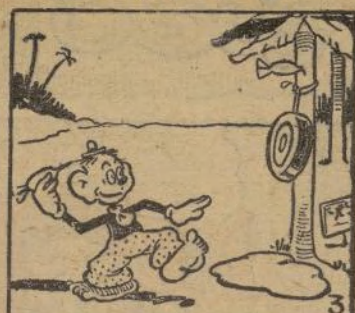
"MIKITO" TIRA AL BLANCO



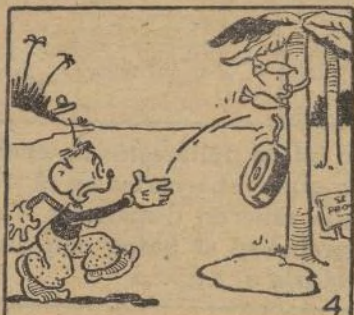
Mikito ha salido a ejercitarse en el tiro al blanco con flecha a mano.



El primer disparo no ha hecho puntería, sino una sangría al arbolito.



"Esta vez no me falla"—piensa Mikito al lanzar airoso el segundo dardo.



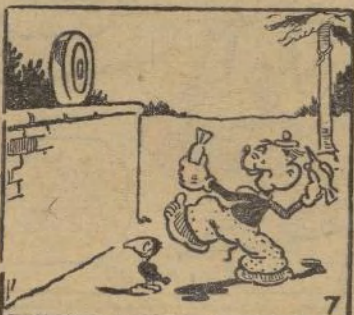
Y si no logró hacer diana, por lo menos consiguió romper la cuerda del blanco.



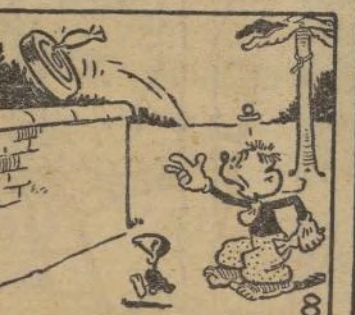
Al caer éste sobre el líquido generador del caucho, rebotó y "acarició" a Mikito.



Y cuando éste recobró el sentido se alejó, abominando del caucho y la goma de mascar.



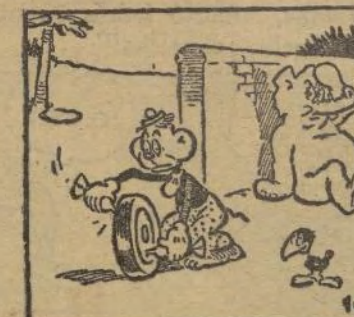
Mikito pensó que, colocado el blanco sobre aquella pared, no había miedo a un nuevo percalce.



Pero al primer flechazo vió con desconsuelo que el blanco caía al otro lado de la pared.



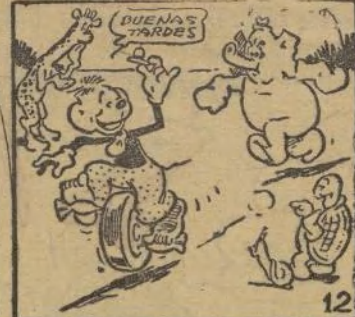
Elefantón había salido a comprarse un sombrero hongo, cuando cayó el blanco sobre él...



... "adormeciéndole dulcemente". Claro que Mikito no creía en aquella dulzura, por lo que preparó la fuga.

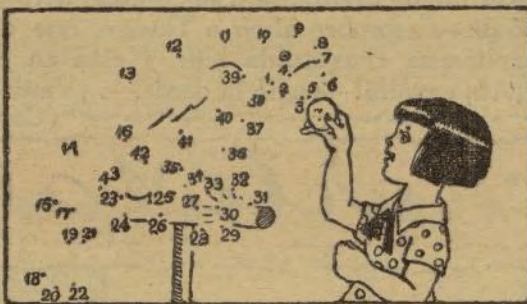


Y cuando Elefantón "despertó", hecho una furia, Mikito comenzaba la huida sobre el monociclo.

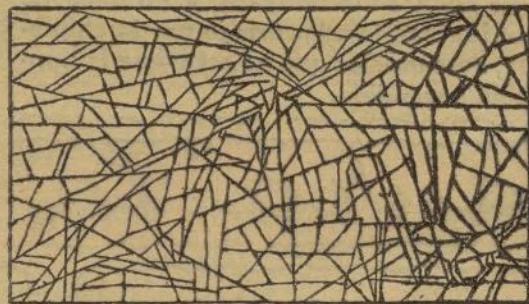


"Suda, suda, gordinflón"—gritaba el mico sobre el "mono"—, mientras Elefantón rugía descompuesto.

PASATIEMPOS

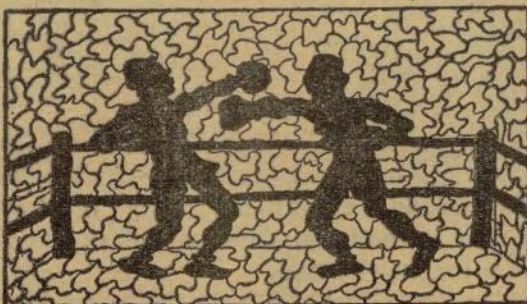


¿Qué estará haciendo esta niña? Unid por su orden los puntos, del 1 al 43, y lo sabréis.



A ver si acertáis qué espacios hay que rellenar de negro para que resulte la silueta de un campesino y un perro.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Aquí veis los espacios que había que rellenar de negro para que resultase un combate de boxeo.



Las flechas indican dónde están los muchachos que robaban las bellotas.

Andanzas de Miguelín

EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

LA PAGA DE NAVIDAD



Al oír los gritos de un vozarrón destemplado en el vestíbulo de la casa del señor Randall, Miguelín se asomó a la puerta. "¡Pronto, negro!", estaba diciendo el bandido Silas Wake a Sambo, el cocinero negro. "¡Alárgame esa caja con las pagas de Navidad!" Sambo, tembloroso, obedecía.



En el acto midió Miguelín todo el alcance de la situación. "El bandido está armado con un revólver —pensó— y es capaz de disparar sin contemplación alguna." Retrocedió unos pasos y con la nieve que cubría el suelo hizo una bola grande y dura.



Luego, volviendo al vestíbulo, oyó que el bandido decía al negro: "Y ahora, negro, vuélvete de espaldas y mucho cuidado con moverte. ¡Si vuelves la cabeza o meneas un dedo, eres..." El choque violento de la bola de nieve contra su cabeza le cortó la palabra.



Aturdido por lo inesperado y lo violento del golpe, el bandido lanzó un grito de dolor y dejó caer su revólver al suelo. Al observarlo Miguelín, avanzó por el vestíbulo y se lanzó sobre el bandido, cayendo como un alud sobre sus espaldas.



"¡Pronto, Sambo! —exclamó Miguelín—. Ayúdame a amarrar a este gránuja." Sambo, que no era cobarde, se precipitó sobre el bandido para ayudar a Miguelín. Entre los dos derribaron al suelo al terrible saltador Silas Wake, conocido en toda la comarca.



Luego lo volvieron boca abajo, y mientras Sambo lo sujetaba, Miguelín le ataba fuertemente las manos a la espalda. En esto, dos de los vaqueros de la granja, que habían oído el ruido de la reyerta, llegaban presurosos y penetraban en la casa.



"¿Qué sucede aquí?" —preguntó el capataz de la granja—. "¿Cómo? ¿Pero no es éste el famoso Silas Wake?" "El mismo —respondió Miguelín—, que venía a llevarse el dinero de vuestras pagas de Navidad." ¡Con una sonrisa terrible, el capataz miró al bandido!



Pocos minutos después el señor Randall y su hija llegaban a la granja y penetraban en el vestíbulo. "Aquí están las pagas de Navidad, señor Randall" —exclamó Miguelín—. ¡Silas Wake se había encaprichado de ellas y creyó poder llevárselas!"



Gracias al arrojo de Miguelín, el señor Randall, Maruja y los vaqueros disfrutaron unas felices fiestas de Navidad y Miguelín se vió obligado a brindar en la Nochebuena, deseando a todos muchas venturas y prosperidades.

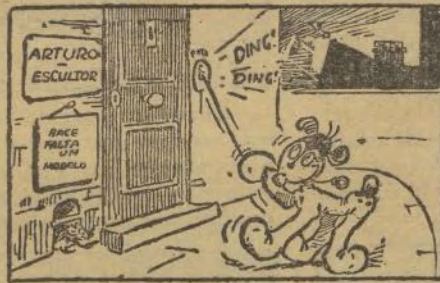
Leed el jueves que viene la próxima aventura de Miguelín, titulada "El regalo de año nuevo"

EL PERRITO VAGABUNDO

El perrito "Pelanas" ha decidido trabajar y hacerse un perro honrado. No hay que fiarse mucho de estos buenos propósitos del tunante perrito, pues sabida es su afición a la "mangancia"; pero, en fin, veamos.



"Hay que regenerarse, "Pelanas" —se dijo el perrito—. "No sé si hacer una oposición o buscarme un "enchufe"; pero hay que hacer algo de provecho, que hay que ver cómo está esta perra vida." Y "Pelanas" salió a la calle.



"¡Caramba, un anuncio solicitando un modelo! No, pues yo llamo aquí, porque tengo unas "jechuras" que cuando las vea el escultor se va a quedar bizco." "Caray, ¿estará sordo este buen señor? ¡Qué barbaridad!"



"¿Quién llama de esa manera a mi puerta?" —exclamó Arturo al abrir—. "Soy yo, señor, que he leído su anuncio y vengo a ver si valgo. Vea, vea lo bien proporcionado que estoy." "Me sirves, perrito; pasa, pues."



"Ahora estate muy quietecito, que voy a realizar una obra genial para deleite de la Humanidad y los críticos de arte." Y Arturo comenzó a desbastar el bloque de piedra inspirado por "Pelanas".



Este no disfrutaba de una postura muy cómoda, que digamos; pero ante la bella perspectiva de un sabroso cocido soportaba con resignación la "pose". Arturo seguía martilleando la piedra.



Se conoce que tuvo un soplo de inspiración demasiado fuerte, a juzgar por el tremendo golpe que atizó y que hizo que un pedazo de piedra atentara contra la integridad nasal del perrito.



"¡Refidias!" —exclamó "Pelanas"; y cediendo a los impulsos de su espíritu vengativo, disparó la flecha, que fué a clavarse en la parte más sensible del sensible y genial Arturo.

ANDANIAS DEL GATO FELIX



El gigante Malos Pelos consumía todos los víveres del país de los sueños, y Félix y sus amigos los duendecillos, habitantes de aquel país, las estaban pasando de todos colores, y no veían la manera de aplacar la gritería de sus estómagos.



Félix decidió jugarse el físico y rescatar víveres para todos. Los duendecillos del bosque le dieron un caballo, que era un prodigio, pues lo mismo corría que volaba, nadaba y hacía encaje de bolillos y cantaba trozos de ópera.



En el caballo prodigioso Félix llegó sin detrimento hasta el interior de la vivienda del gigante, y como ya se conocía el plano del castillo, se encaminó a la cocina con ánimo de meterle mano a la despensa del gigante tragón.



Y cuando ya su felicidad era completa, pues creía que podría escapar con una buena provisión de viandas, escuchó, aterrado, los pasos del cocinero de Malos Pelos, que llegaba, sin duda, para preparar la cena de su amo.



El gatito sólo tuvo tiempo de arrojar se dentro de la masa que había preparada encima de una mesa para fabricar el postre del gigantón. La cosa era peor aún, pues si así le sorprendían, le pillarían con las manos y todo el cuerpo en la masa.



El cocinero estaba muy indignado y harto de servir a Malos Pelos porque apenas si sacaba para mal vivir, ya que el gigante era más roñoso que una espada de los visigodos. En aquellos momentos el cocinero se disponía a sobarle a la masa.



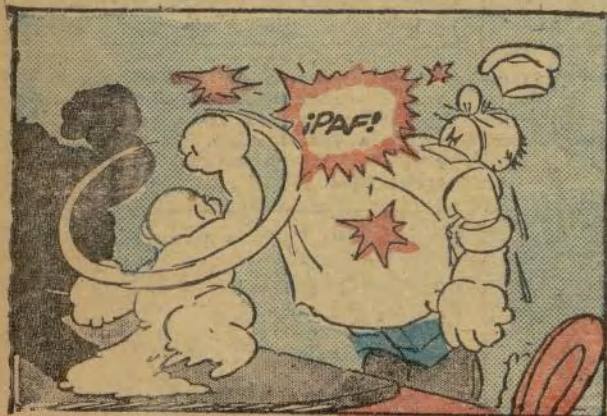
Como estaba muy enfadado por el aquél del escondido Félix, y pagaba su ira dando tales metidos a la masa, que Félix creyó llegada, si no la última, por lo menos la penúltima hora de su felina vida.



El cocinero seguía su tarea con unos ánimos que más parecía que estaba derribando un tabique que afinando una masa para hacer panecillos. Todos los golpes los recibía Félix, que renegaba de la masa y del maldito momento en que se le ocurrió esconderse.



El cocinero, además de ser tan bruto, tenía aficiones artísticas, y después de haber sobado a conciencia la masa, fabricó con ella una estatua de un guerrero y sonrió muy contento de aquella magnífica obra de arte que acababa de confeccionar.



ero, de pronto, la obra de arte se animó, lanzó un bufido, maulló en "re" menor y le sacudió al cocinero un directo al párpado izquierdo que le puso un ojo que parecía un túnel visto desde cincuenta metros de distancia.



Entonces, y ante el asombro de aquel divo de la cocina, que tenía un ojo igual que si llevase gafas contra el polvo y el sol, la escultura de masa siguió animándose y emprendió una velocísima carrera con rumbo a la pupa.



Y, caballero en el caballo prodigioso de los duendecillos, Félix escapó del castillo de Malos Pelos dentro de aquella envoltura de fina masa, de la cual se desprendió, con ayuda de sus amigos, para confeccionar el más apetitoso y gigantesco pastel.

(Continuará)